



Tuve la suerte de trabajar ocho años y un poco más bajo su tutela. Soy del 1932 y él era de 1921. Si bien mi padre era primo hermano de Cecilia, su mujer, como mi infancia transcurrió en Rio Negro, no lo conocí hasta que regresamos a Buenos Aires a fines de 1942, cuando con otros primos y hermanos fuimos a su casamiento en la quinta de su suegro, en Muñiz. Luego de la ceremonia y la comida, salió con varios de nosotros a dar una vuelta por la zona, haciéndonos dar volteretas y carreras, en las que se “prendió” después de sacarse su chaqueta de Marino. Quedé en ese momento muy impresionado por su espíritu jovial.

Terminado el bachillerato en el colegio Salvador, y ya como estudiante de ingeniería, necesitaba trabajar. Por consejo de mi padre, lo llamé por teléfono para pedirle si podía conseguirme algún trabajo. Me hizo unas cuantas preguntas y terminó diciéndome: “Dejá, voy a ver”. Ocho meses después me llamó para que lo viera, que algo tenía para mí, lo que me demostró que no tomaba las cosas en vano. Era febrero de 1954.

Me contrató como control de calidad y desarrollo mecánico en la fábrica Rigolleau -sección tubos y artículos de laboratorio- de Parque Patricios. Luego de una semana, hizo una reunión con los jefes de fábrica y administrativos en la que hice algunas preguntas

y di opiniones. Quedé impresionado cómo escuchaba a todos, inclusive a mí, un novato de escasos 22 años, demostrando esa gran cualidad de “saber escuchar”, explicando siempre con claridad porqué sí o porqué no, o exclamando: “¡qué buena idea!”.

Entre otros productos se empezaron a fabricar tubos de vidrio para fluorescentes, que compraban General Electric y Silvanaya. Como todo producto nuevo, existían algunos problemas de ajuste, y recuerdo que Enrique me llevaba junto al jefe de fábrica a las reuniones con esos clientes y que en el auto nos hacía rezar a Dios y la Virgen para que nos inspiraran.

El se preocupaba permanentemente por el buen rendimiento de la producción, por el bienestar de todo el personal y por el buen entendimiento con y entre el directorio. Todo lo asumía en profundidad y con dedicación permanente a la religión católica. Tenía una personalidad alegre y enérgica a la vez.

Con el nuevo gobierno de 1955, colaboró en la promulgación del salario familiar, lo que finalmente se instituyó a nivel nacional.

Tuvo varias reuniones con Mons. Derisi para la formación de la UCA, a las que lo acompañé algunas veces como secretario.

A fines de 1958, me propuso el cargo de Jefe de fundición de vidrio de todos los hornos en Berazategui, lo que, por supuesto, acepté. Como ese cargo requería una atención permanente, incluía la vivienda en una de las cinco casas del parque de la fábrica, lo

El testimonio de un hombre ejemplar



que aceleró mi casamiento. Un mes antes del mismo, me llamó para que lo acompañe en su auto hasta la planta, para darme consejos sobre el matrimonio, preferentemente desde el punto de vista cristiano, consejos que nunca olvidé. Luego, me mandó 15 días a Cristalerías de Chile para que “me queme las pestañas” y me desasne de todos los vericuetos o cuestiones prácticas que no podría preguntar una vez asumido el cargo, que implicaba el manejo de unas 140 personas, muchas de ellas con muchos años de antigüedad, que querrían hacerme “pisar el palito”.

Ya trabajando en Berazategui, me llamó poderosamente la atención su preocupación permanente por la gente. Estaba siempre al tanto de los problemas de todos. (Eran cerca de 3600 personas entre obreros, empleados y dirigentes). Cuando recorría la planta, muchos se le acercaban y él los reconocía por su nombre. Si había algún enfermo grave no dejaba de visitarlo. “Amaba al prójimo”. Se preocupaba para que el personal progrese, exigiéndole también dedicación a la empresa. Pese a que hubo épocas muy bravas, los sindicalistas lo respetaban y admiraban. Siempre iba de frente y sin engaños. No entendían como estaba tan metido en todo “pudiendo darse la gran vida”. Lo llamaban el Bocho.

Casi todos los días hacia pequeños almuerzos con algunos jefes para poder hablar mano a mano, sentir sus opiniones y dar las de él. Algunas veces venía a mi casa, siempre bendecía el almuerzo, y si tenía que ponderar o criticar algo lo hacía con total franqueza, cosa que agradecíamos.

Así como tenía su preocupación permanente por la gente, también la tenía por la empresa. Se interesaba por todo lo técnico, de cómo lograr mejores rendimientos, inclusive hasta en lo contable, a veces mandando empleados a los EE.UU. para distintos temas. Viajé en 1961 a Corning Glass y a Wheaton Glass y él mismo fue varias veces.

Respecto a su enfermedad, jamás dijo nada ni se quejó. Recién en 1962 hizo una reunión para casi todo el personal en el Club del parque de Rigolleau, donde habló de proyectos presentes y futuros, pero ya se lo veía mal. El último encuentro fue en su casa, para todos los que éramos jefes, gerentes, etc. un mes antes de su fallecimiento, cuando nos habló también de cuestiones de la fábrica y, finalizó agradeciendo las donaciones de sangre recibidas.

Entre mis recuerdos tengo su primer librito: *Eucaristía y Vida Empresaria*, que publicó en 1960 y me lo dedicó así: “A May, para que me chinche si no cumplo con lo que digo. Con gran cariño, Enrique”.

Considero a Enrique como el mejor hombre que conocí. Profundo, capaz, sincero, energético, alegre, trabajador incansable, dedicado a Dios como nunca vi a nadie. ¡Que falta nos haría para estos tiempos!

Máximo Bunge

Colaborador de Enrique Shaw en Cristalerías Rigolleau